

CALDERÓN DE LA BARCA, PEDRO (1600-1681)

A SECRETO AGRAVIO, SECRETA VENGANZA

ÍNDICE

JORNADA PRIMERA
JORNADA SEGUNDA
JORNADA TERCERA

PERSONAS:

EL REY DON SEBASTIÁN.
DON LOPE DE ALMEIDA.
DON JUAN DE SILVA.
DON LUIS DE BENAVIDES.
DON BERNARDINO, viejo.
EL DUQUE DE BERGANZA.
DOÑA LEONOR, dama.
SIRENA, criada.
MANRIQUE, criado.
CELIO, criado.
UN BARQUERO.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS.

La escena es en Lisboa, en las cercanías de Aldea Gallega y en otros puntos.

JORNADA PRIMERA

Vista exterior de una quinta del Rey

Escena primera.

EL REY DON SEBASTIÁN, DON LOPE DE ALMEIDA,
MANRIQUE, acompañamiento

DON LOPE.

Otra vez, gran señor, os he pedido
esta licencia, y otra habéis tenido
por bien mi casamiento;
mas yo que siempre, a tanta luz atento,
vivo en vuestro semblante, vengo a daros
cuenta de mi elección, y a suplicaros
que en vuestra gracia pueda
colgar las armas, y que Marte ceda
a Amor la gloria, cuando en paz reciba,
en vez de alto laurel, sagrada oliva.
Yo os he servido, y solamente espero
esta merced por galardón postrero,
pues con esta licencia venturosa
hoy saldré a recibir mi amada esposa.

REY.

Yo estimo vuestro gusto y vuestro aumento,
y me alegro de vuestro casamiento;
y a no estar ocupado
en la guerra que en África he intentado,
fuera vuestro padrino.

DON LOPE.

Eterno dure ese laurel divino
que tus sienes corona.

REY.

Estimo en mucho yo vuestra persona.
(Vase el Rey y el acompañamiento.)

Escena II

DON LOPE, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Contento estás.

DON LOPE.

Mal supiera
la dicha y la gloria mía
disimular su alegría
¡Felice yo, si pudiera
volar hoy!

MANRIQUE.

Al viento igualas.

DON LOPE.

Poco aprovecha; que el viento
es perezoso elemento.
Diérame el amor sus alas,
volara abrasado y ciego;
pues quien al viento se entrega,
olas de viento navega,
y las de amor son de fuego.

MANRIQUE.

Para que desengañarme
pueda, creyendo que tienes
causa, dime a lo que vienes
con tanta prisa.

DON LOPE.

A casarme.

MANRIQUE.

¿Y no miras que es error,
digno de que al mundo asombre,
que vaya a casarse un hombre
con tanta prisa, señor?
Si hoy, que te vas a casar,
del mismo viento te quejas,
¿qué dejas que hacer, qué dejas
cuando vayas a enviudar?

Escena III

DON JUAN DE SILVA, en traje pobre, DON LOPE, MANRIQUE.

DON JUAN.

(Para sí.) ¡Cuán diferente pensé
volver a ti, patria mía,
aquel infelice día
que tus umbrales dejé!
¡Quién no te hubiera pisado!
Pues siempre mejor ha sido,
adonde no es conocido,
vivir el que es desdichado.
Gente hay aquí, no es razón
verme en el mal que me veo.

DON LOPE.

Aguárdate. No lo creo.

¿Si es verdad? ¿Si es ilusión?

¡Don Juan!

DON JUAN.

¡Don Lope!

DON LOPE.

Dudoso

de tanta dicha, mis brazos
han suspendido sus lazos.

DON JUAN.

Deteneos, que es forzoso
que me defienda de quien
tanto honor y valor tiene;
que hombre que tan pobre viene,
don Lope amigo, no es bien
que toque (¡oh suerte importuna!)
pecho de riquezas lleno.

DON LOPE.

Vuestras razones condeno,
porque si da la fortuna
humanos bienes del suelo,
el cielo un amigo da
como vos: ¡ved lo que va
desde la fortuna al cielo!

DON JUAN.

Aunque hacéis que aliento cobre,
en mí mayor mal está.
¡Mirad cuán grande será
mal que es mayor que ser pobre!
Y porque mi sentimiento
algún alivio prevenga,
si es posible que le tenga,
escuchad, don Lope, atento.
A la conquista famosa
de la India, que eligió
para su tumba la noche
y para su cuna el sol,
amigos, y tan amigos,
pasamos juntos los dos,

que asistieron en dos cuerpos
un alma y un corazón.
No codicia de riqueza,
sino codicia de honor
obligó nuestros deseos
a tan atrevida acción,
como tocar con bajeles
la provincia que ignoró
por tantos años la ciencia,
nunca creída hasta hoy.
La nobleza lusitana
de su fortuna fió
naves, que ciertas exceden
las fingidas de Jasón.
Dejo esta alabanza a quien
pueda con más dulce voz
contar los famosos hechos
desta invencible nación;
porque el gran Luis de Camoens,
escribiendo lo que obró,
con pluma y espada muestra
ya el ingenio y ya el valor
en esta parte. Después,
Don Lope invicto, que vos,
por muerte de vuestro padre,
volvisteis, me quedé yo,
bien sabéis con cuánta fama
de amigos y de opinión,
que ahora perdidos hacen
el sentimiento mayor.
Pero en efecto es consuelo.
¡Ved si desgraciado soy,
que nunca le di, malquisto,
a la fortuna ocasión!
Había en Goa una señora,
hija de un hombre a quien dio
grande cantidad de hacienda
codicia y contratación.
Era hermosa, era discreta;
que, aunque enemigas las dos,
en ella hicieron las paces
hermosura y discreción.
Servíla tan venturoso,
que merecí algún favor;
pero ¿quién ganó al principio,
que a la postre no perdió?

¿Quién fue antes tan felice,
que después no declinó?
Porque son muy parecidos
juego, fortuna y amor,
Don Manuel de Sosa, un hombre
(hijo del gobernador
Manuel de Sosa) por sí
de mucha resolución,
muy valiente, muy cortés,
bizarro y cuerdo (que yo,
aunque le quite la vida,
no he de quitarle el honor),
de Violante enamorado
(que éste es el nombre que dio
ocasión a mi ventura
y a mi desdicha ocasión),
en Goa públicamente
era mi competidor.
Poco cuidado me daba
su amorosa pretensión;
porque siendo, como era,
el favorecido yo,
la pena del despreciado
hizo mi dicha mayor.
Un día, que el sol hermoso
saliera (¡pluguiera a Dios,
sepultara eterna noche
su continuo resplandor!),
salió con el sol Violante:
bastaba pedirle yo
que aun el uno no saliera,
para que salieran dos.
De criados rodeada
a la marina llegó
donde estaba mucha gente,
porque en aquella ocasión
había llegado una nave
al puerto, y su admiración
ido causa a aqueste concurso,
y a mi desdicha la dio.
Estábamos en un corro
de mucha gente los dos,
todos soldados y amigos,
cuando a la vista pasó
Violante. Iba tan airosa,
que allí ninguno dejó

de poner el alma en ella,
porque su planta veloz
era el móvil que llevaba
tras sí la imaginación.
Dijo un capitán: -¡Qué bella
mujer! -A quien respondió
don Manuel: -Y como tal
ha sido la condición.
-Será cruel. -No por eso
lo digo (le replicó),
sino por ver que ha escogido,
como hermosa, lo peor.-
Yo entonces dije: -Ninguno
sus favores mereció,
porque no hay quien los merezca;
y si hay alguno, soy yo.
-Mentís (dijo). Aquí no puedo
proseguir, porque la voz
muda, la lengua turbada,
frío el cuerpo, el corazón
palpitante, los sentidos
muertos y vivo el dolor,
quedan repitiendo aquella
afrenta. ¡Oh tirano error
de los hombres! ¡Oh vil ley
del mundo! ¡Que una razón,
o que una sinrazón pueda
manchar el altivo honor
tantos años adquirido,
y que la antigua opinión
de honrado quede postrada
a lo fácil de una voz!
¡Que el honor, siendo un diamante,
pueda un frágil soplo (¡ay Dios!)
abrasarle y consumirle,
y que siendo su esplendor
más que el sol puro, un aliento
sirva de nube a este sol!
Mucho del caso me aparto,
llevado de la pasión.
Perdonad, vuelvo al suceso.
Apenas él pronunció
tales razones, don Lope,
cuando mi espada veloz
pasó de la vaina al pecho,
tal que a todos pareció

que imitaron trueno y rayo
juntas mi espada y su voz.
Bañado en su misma sangre,
muerto en la arena cayó,
cuando para mi defensa
tomé una iglesia, a quien dio
en aquel sitio lugar
la sagrada religión
de Francisco; que por ser
su padre el gobernador,
me fue forzoso esconderme
con tanto asombro y temor,
que tres días un sepulcro
habité vivo. ¿Quién vio
que siendo el contrario el muerto,
fuese el sepultado yo?
Al cabo de los tres días,
por amistad y favor,
el capitán de la nave
que a nuestro puerto llegó,
y que a Lisboa venía,
en ella me recibió
una noche, cuyo manto
fue de mi vida ocasión.
En esta nave escondido
estuve, hasta que el veloz
monstruo del viento y del agua
los piélagos dividió
de Neptuno. ¡Injusto engaño
de la vida! O su pasión
no dé por infame al hombre
que sufre su deshonor,
o le dé por disculpado
si se venga; que es error
dar a la afrenta castigo,
y no al castigo perdón.
Hoy he llegado a Lisboa,
adonde tan pobre estoy,
que no osaba entrar en ella.
Éstas mis fortunas son,
ya no tristes, sino alegres,
pues me dieron ocasión
de llegar a vuestros brazos.
Éstos mil veces os doy,
si un hombre tan infelice
puede merecer de vos,

¡oh gran don Lope de Almeida!,
tal merced, honra y favor.

DON LOPE.

Atentamente escuché,
don Juan de Silva, las quejas,
que en lágrimas anegadas
dais desde el pecho a la lengua,
y atentamente he pensado
que no hay opinión que pueda,
por más sutil que discurra,
tener dudosa la vuestra.
¿Quién, en naciendo, no vive
sujeto a las inclemencias
del tiempo y de la fortuna?
¿Quién se libra, quién se excepta
de una intención mal segura,
de un pecho doble, que alienta
la ponzoña de una mano
y el veneno de una lengua?
Ninguno. Sólo dichoso
puede llamarse el que deja,
como vos, limpio su honor
y castigada su ofensa.
Honrado estáis: negras sombras
no deslustren, no oscurezcan
vuestro honor antiguo, y hoy
en nuestra amistad se vea
la virtud de aquellas plantas,
tan conformemente opuestas,
que una con calor consume,
y otra con frialdad penetra,
siendo veneno las dos,
y estando juntas, se templan
de suerte, que son entonces
salud más segura y cierta.
Vos estáis tristes, yo alegre:
partamos la diferencia
entre los dos, y templando
el contento y la tristeza,
queden en igual balanza
mi alegría y vuestra pena,
mi gusto y vuestro dolor,
mi ventura y vuestra queja,
porque el pesar o el placer
matar a ninguno pueda.

Yo me he casado en Castilla,
por poder, con la más bella
mujer... (Mas para ser propia
es lo menos la belleza).
Con la más noble, más rica,
más virtuosa y más cuerda
que pudo en el pensamiento
hacer dibujos la idea.
Doña Leonor de Mendoza
es su nombre, y hoy con ella
don Bernardino mi tío
llegará a Aldea Gallega,
donde salgo a recibirla
con tan venturosas muestras
como veis; y un bello barco
tan venturoso la espera,
que juzga por perezosas
hoy del tiempo las ligeras
alas; porque el bien que tarda
no llega bien cuando llega.
Ésta es mi dicha, mayor
por ver cuánto la acrecienta
vuestra venida don Juan.
No os dé temor, no os dé pena
venir pobre; rico soy;
mi casa, amigo, mi mesa,
mis caballos, mis criados,
mi honor, mi vida, mi hacienda,
todo es vuestro. Consolaos
de que la fortuna os deja
un amigo verdadero,
y que no ha tenido fuerza
contra vos quien os quitó
ese valor que os alienta,
esa alma que os anima,
y este brazo que os defiende.
No me respondáis, dejad
las cortesanas finezas,
entre amigos excusadas,
y venid adonde sea
testigo vuestra persona
de la dicha que me espera;
que hoy en Lisboa ha de entrar
mi esposa, y estas tres leguas
de mar (para mí de fuego)
hemos de venir con ella;

que de esotra parte está
sin duda.

DON JUAN.

Pues no pretenda
con mi humildad deslucirse,
don Lope, vuestra nobleza,
porque el mundo, no la sangre,
sino el vestido, respeta.

DON LOPE.

Ése es engaño del mundo,
que no ve ni considera
que al cuerpo le viste el oro,
pero al alma la nobleza.
Venid conmigo. (Ap.) Suspiros,
ofreced viento a las velas,
si es que en los mares del fuego,
bajeles de amor navegan.

(Vanse los dos)

MANRIQUE.

Yo me quiero adelantar
en alguna barca destas,
que llaman muletes, y hoy,
siendo cojo con muletas,
pediré a mi nueva ama
las albricias de que llega
su esposo; que el primer día
da las albricias cualquiera,
porque sale de forzada,
si es lo mismo que doncella. (Vase.)

Campo cercano a Aldea Gallega.

Escena IV

DON BERNARDINO, DOÑA LEONOR, SIRENA

D. BERNARDINO.

En la falda lisonjera
deste monte coronado
de flores, donde ha llamado
a cortes la primavera,

puedes descansar, en tanto,
bella Leonor, que dichoso
llega don Lope tu esposo.
Y perdona al dulce llanto,
aunque no es gran maravilla
que con sentimiento igual,
a vista de Portugal
te despides de Castilla.

DOÑA LEONOR.
Ilustre don Bernardino
de Almeida, mi tierno llanto
no es ingratitude a tanto
honor como me previno
la suerte y la dicha mía.
Viendo tan cercano el bien,
gusto ha sido; que también
hay lágrimas de alegría.

D. BERNARDINO.
Cuerdamente te disculpa
la discreción lisonjera;
y aunque por disculpa fuera,
te agradeciera la culpa.
Yo quiero dar más lugar
a divertir la porfía
de aquesta melancolía.
Aquí puedes descansar,
venciendo el rigor aquí
del sol, que en sus rayos arde.
El cielo tu vida guarde. (Vase.)

Escena V

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.
¿Fuese ya, Sirena?

SIRENA.
Sí.

DOÑA LEONOR.
¿Óyenos alguien?

SIRENA.
Sospecho
que estamos solas las dos.

DOÑA LEONOR.
Pues salga mi pena (¡ay Dios!)
de mi vida y de mi pecho.
Salga en lágrimas deshecho
el dolor que me provoca,
el fuego que al alma toca,
remitiendo sus enojos
en lágrimas a los ojos,
y en suspiros a la boca.
Y sin paz y sin sosiego
todo lo abrasan veloces,
pues son de fuego mis voces
y mis lágrimas de fuego.
Abrasen, cuando navego
tanto mar y viento tanto,
mi vida y mi fuego cuanto
consume el fuego violento,
pues mi voz es fuego y viento,
mis lágrimas fuego y llanto.

SIRENA.
¿Qué dices, señora? Advierte
en tu peligro y tu honor.

DOÑA LEONOR.
¿Tú que sabes mi dolor,
tú que conoces mi muerte,
me reportas desta suerte?
¿Tú de mi llanto me alejas?
¿Tú que calle me aconsejas?

SIRENA.
Tu inútil queja escuchando
estoy.

DOÑA LEONOR.
¡Ay Sirena! ¿Cuándo
son inútiles las quejas?
Quéjase una flor constante
si el aura sus hojas hiere
cuando el sol caduco muere
en tómulos de diamante;

quéjase un monte arrogante
de las injurias del viento
cuando le ofende violento;
y el eco, ninfa vocal,
quejándose de su mal,
responde el último acento.
Quéjase, porque amar sabe,
una hiedra, si perdió
el duro escollo que amó;
y con acento suave
se queja una simple ave
del que la cogió a traición,
y en la dorada prisión
así aliviarse pretende,
que al fin la queja se entiende,
si se ignora la canción.
Quéjase el mar a la tierra,
cuando en lenguas de agua toca
los labios de opuesta roca.
Quéjase el fuego, si encierra
rayos, que al mundo hacen guerra:
¿qué mucho, pues, que mi aliento
se rinda al dolor violento,
si se quejan monte, piedra,
ave, flor, eco, sol, hiedra,
tronco, rayo, mar y viento?

SIRENA.

Sí, mas ¿qué remedio así
consigues desesperada?
Don Luis muerto y tú casada,
¿qué pretendes?

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí!
Di, Sirena amiga, di,
don Luis muerto y muerta yo.
Pues si el cielo me forzó,
me verás en esta calma,
sin gusto, sin ser, sin alma,
muerta sí, casada no.
Lo que yo una vez amé,
lo que una vez aprendí,
podré perderlo, ¡ay de mí!,
olvidarlo no podré.
¿Olvido donde hubo fe?

Miente amor. ¿Cómo se hallara
burlada verdad tan clara?
Pues la que constante fuera,
no olvidará si quisiera,
no quisiera si olvidara.
¡Mira tú lo que sentí
cuando su muerte escuché,
pues forzada me casé
sólo por vengarme en mí!
Ya la vez última aquí
se despida mi dolor.
Hasta las aras, amor,
te acompañé; aquí te quedas,
por que atreverte no puedas
a las aras del honor.

Escena VI

MANRIQUE. -DOÑA LEONOR, SIRENA

MANRIQUE.

¡Dichoso yo que he llegado,
venturoso yo que he sido,
felice yo que he venido,
refelice yo que he dado
el primero labio mío
a la estampa dese pie,
que, lleno de flores, fue
primavera del estío!
Y pues he llegado a vos,
beso y vuelvo a rebesar
cuanto se puede besar,
sin ofender a mi Dios.

DOÑA LEONOR.

¿Quién sois?

MANRIQUE.

El menor criado
de don Lope, mi señor
(mas no el hablador menor),
que veloz me he adelantado
por albricias de que viene.

DOÑA LEONOR.

Descuido fue, bien decís,
tomad. Y ¿de qué servís
a don Lope?

MANRIQUE.

Hombre que tiene
este humor, ¿ya no os avisa
que es gentilhombre su nombre?

DOÑA LEONOR.

¿Y de qué sois gentilhombre?

MANRIQUE.

De la boca de la risa.
Criado, a quien le prefieren
a los mayores cuidados,
y es pendanga de criados,
hecha del palo que quieren:
cuando guardo, mayordomo;
cuando algún vestido espero
de mi amo, camarero;
maestresala, cuando tomo
para mí el mejor bocado;
secretario, poco amigo,
cuando sus secretos digo;
caballerizo extremado,
cuando por no andar a pie,
con achaque de pasealle,
salgo a caballo a la calle;
cuando alguna cosa fue
tal que se guarda de mí,
soy entonces su vedor,
y después su contador;
pues a todos desde allí
lo cuento, a todos lo aviso;
cuando hurto lo que quiero
de la plaza, repostero;
despensero, cuando siso;
soy valiente cuando huyo;
y soy su cochero el día
que sus amores me fía;
y así claramente arguyo
que soy por tan varios modos,
sirviéndole siempre así,
cada oficio de por sí,
y murmurándole, todos.

(Hablan aparte Doña Leonor y Sirena.)

Escena VII

DON BERNARDINO, DON LUIS y CELIO,
que se quedan lejos de DOÑA LEONOR, SIRENA, MANRIQUE

DON LUIS.

Soy mercader, y trato en los diamantes,
que hoy son piedras, y rayos fueron antes
del sol, que perficiona y ilumina
rústico grano en la abrasada mina.
Paso desde Lisboa hasta Castilla,
y en esta aldea vi la maravilla
del cielo, reducida en una dama
que acompañáis; y luego de la fama
supe que va casada o a casarse.
Y como suele en todas emplearse
este caudal más bien, porque las bodas
en la gala y la joya empiezan todas,
enseñaros quisiera algunas dellas,
que no son más lucientes las estrellas,
por ver si la ocasión con el deseo
hacen en el camino algún empleo.

D. BERNARDINO.

La prevención y la advertencia ha sido
acertada. A buen tiempo habéis venido,
pues yo, por divertirla y alegrarla
(que está triste), una joya he de feriarla.
Aquí esperad, y llegaré primero
a prevenirla.

DON LUIS.

Pues ahora quiero
que la llevéis, señor, para bastante
prueba de mi verdad, este diamante:
(Dásele.)
que visto su valor y su excelencia,
no dudo yo, señor, que os dé licencia
de llegar a sus pies.

D. BERNARDINO.

¡Es piedra rara!

¡Qué fondo! ¡Qué caudal! ¡Qué limpia y clara!
Aquí, divina Leonor. (Llégase a ella.)
Ha llegado un mercader,
en cuya mano has de ver
joyas de grande valor,
ricas, costosas y bellas.
Divierte un poco el pesar;
que yo te quiero feriar
lo que te agrade dellas.
Este diamante, farol
que con luz hermosa y nueva,
para su limpieza prueba
ser luciente hijo del sol,
viene por testigo aquí.
Toma el diamante. (Dásele.)

DOÑA LEONOR.
(Ap.) ¿Qué veo?
¡Cielos!

D. BERNARDINO.
Dime...

DOÑA LEONOR.
(Ap.) Aún no lo creo.

D. BERNARDINO.
Si ha de llegar.

DOÑA LEONOR.
(Ap.) (¡Hay de mi!
Este diamante es el mismo...)
Dile que llegue. -¡Sirena!
(Apártase Don Bernardino).
(Ap.) (Sáqueme amor desta pena,
deste encanto, deste abismo.)
Este diamante que ves,
luz que con el sol la mides,
di a don Luis de Benavides.
Prensa mía y suya es.
O mis lágrimas me ciegan,
o es el mismo. Hoy sabré yo
cómo a mis manos volvió.

SIRENA.
Disimula, que ya llegan.

(Llega Don Luis).

DON LUIS.

Yo soy, hermosa señora...

DOÑA LEONOR.

(Ap.) Alma de la pena mía,
cuerpo de mi fantasía.

SIRENA.

(Ap. a ella.) Disimula y calla ahora;
que ya veo la razón
que tienes para admirarte.

DON LUIS.

Yo soy quien en esta parte
piensa lograr la ocasión,
habiendo a tiempo llegado
en que pueda mi deseo
hacer el feliz empleo
tantos años esperado.
Traigo joyas que vender
de innumerable riqueza;
y entre otras, una firmeza
sé que os ha de parecer
bien; porque della sospecho
que adorne esa bizarría,
si es que la firmeza mía
llega a verse en vuestro pecho.
Un Cupido de diamantes
traigo de grande valor;
que quise hacer al amor
yo de piedras semejantes,
porque labrándole así,
cuando alguno le culpase
de vario y fácil, le hallase
firme solamente en mí.
Un corazón traigo, en quien
no hay piedra falsa ninguna:
sortijas bellas, y en una
unas memorias se ven.
Una esmeralda que había,
me hurtaron en el camino,
por el color, imagino,
que perfecto le tenía.
Estaba con un zafiro;

mas la esmeralda llevaron
solamente, y me dejaron
esta azul piedra que miro;
y así dije en mis desvelos:
«¿Cómo con tanta venganza
me llevasteis la esperanza
para dejarme los celos?»
Si gusta vuestra belleza,
descubriré, por más glorias,
el corazón, las memorias,
el amor y la firmeza.

D. BERNARDINO.

El mercader es discreto.
¡Qué bien a las joyas bellas,
para dar gusto de vellas,
las fue aplicando su efeto!

DOÑA LEONOR.

Aunque vuestras joyas son
tales como encarecéis,
para mostrarlas habéis
llegado a mala ocasión.
Y yo, en ver su hermoso alarde,
contento hubiera tenido,
si antes hubierais venido;
pero habéis venido tarde.
¿Qué se dijera de mí,
si cuando casada estoy,
si cuando esperando estoy
a mi noble esposo, aquí
pusiera, no mi tristeza,
sino mi imaginación
en ver ese corazón,
ese amor y esa firmeza?
No los mostréis; que no es bien
que, tan sin tiempo miradas
agora, desestimadas
memorias vuestras estén.
Y tomad vuestro diamante;
que ya sé que pierdo en él
una luz hermosa y fiel,
al mismo sol semejante.
No culpéis la condición
que en mí tan esquiua hallasteis;
culpaos a vos, que llegasteis

sin tiempo y sin ocasión.

(Ruido dentro).

MANRIQUE.

(Mirando dentro.) Ya don Lope mi señor
llega.

DON LUIS.

(Ap.) ¿Habrá en desdicha igual
mal que compita a mi mal,
ni dolor a mi dolor?

DOÑA LEONOR.

(Ap.) ¡Qué veneno!

DON LUIS.

(Ap.) ¡Qué crueldad!

D. BERNARDINO.

A recibirle lleguemos. (Vase.)

MANRIQUE.

Callen todos, y escuchemos
la primera necedad;
porque un novio a quien le place
la dama y a verla llega,
como necedades juega,
es tahúr que dice y hace. (Vase.)

Escena VIII

DOÑA LEONOR, DON LUIS, SIRENA, CELIO

DON LUIS.

¿Qué me podrás responder,
mujer tan fácil, liviana,
mudable, inconstante y vana,
y mujer, en fin, mujer,
que pueda satisfacer
a tu mudanza y olvido?

DOÑA LEONOR.

Haber tu muerte creído,
haber tu vida llorado

causa a mi mudanza ha dado,
que a mi olvido no ha podido;
pues cuando te llego a ver,
a no estar ya desposada,
vieras hoy determinada
si soy mudable o mujer.
Desposéme por poder.

DON LUIS.

Y bien por poder se advierte:
por poder borrar mi suerte,
por poder dejarme en calma,
por poder quitarme el alma,
por poder darme la muerte.
Ésta dices que creíste,
y no fue vana apariencia;
que si creíste mi ausencia,
es lo mismo: bien dijiste.

DOÑA LEONOR.

No puedo, no puedo, ¡ay triste!,
responder; que está conmigo,
no mi esposo, mi enemigo.
Mas porque me culpas fiel,
lo que le dijere a él,
también hablaré contigo.
(Retírase Don Luis a un lado.)

Escena IX

DON LOPE, DON BERNARDINO, MANRIQUE.

-DOÑA LEONOR, SIRENA; DON LUIS y CELIO, retirados.

DON LOPE.

Cuando la fama en lenguas dilatada
vuestra rara hermosura encarecía,
por fe os amaba yo, por fe os tenía,
Leonor, dentro del alma idolatrada.
Cuando os mira, suspensa y elevada
el alma que os amaba y os quería
culpa la imagen de su fantasía,
que sois vista mayor que imaginada.
Vos sola a vos podéis acreditaros.
¡Dichoso aquel que llega a mereceros,
y más dichoso si acertó a estimaros!

Mas ¿cómo he de estimaros ni ofenderos?
Que quien antes de veros pudo amaros,
mal os podrá olvidar después de veros.

DOÑA LEONOR.

Yo me firmé rendida antes que os viese,
y vivo y muerto sólo en vos estaba,
porque sola una sombra vuestra amaba;
pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese
amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda común así pagaba
la vida, cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo, cuando temeroso
y cobarde mi amor, llegó a miraros,
si no pago un amor tan generoso.
De vos, y no de mí, podéis quejaros,
pues aunque yo os estime como a esposo,
es imposible, como sois, amaros.

DON LOPE.

Ahora, tío y señor,
me dad los invictos brazos.

D. BERNARDINO.

Y serán eternos lazos
de deuda, amistad y amor.
Y porque no culpe ahora
la dilación, a embarcar
nos lleguemos.

DON LOPE.

Hoy el mar
segunda Venus adora.

MANRIQUE.

Y pues que con tanta gloria
dama y galán se han casado,
perdonad, noble Senado,
que aquí se acabe la historia.

(Vanse Don Lope, Doña Leonor, Don Bernardino, Manrique y Sirena.)

Escena X

DON LUIS, CELIO.

CELIO.

Señor, pues que desta suerte
hallaste tu desengaño,
vuelve en ti, repara el daño
de tu vida y de tu muerte.
Ya no hay estilo ni medio
que tú debas elegir.

DON LUIS.

Sí hay, Celio.

CELIO.

¿Cuál es?

DON LUIS.

Morir,
que es el último remedio.
Muera yo, pues vi casada
a Leonor, pues que Leonor
dejó burlado mi amor
y mi esperanza burlada.
Mas ¿qué me podrá matar,
si los celos me han dejado
con vida? Aunque mi cuidado
me pretende consolar
dándome alguna esperanza;
pues cuando a su esposo habló,
conmigo se disculpó
de su olvido y su mudanza.

CELIO.

¿Cómo disculpar contigo?

A mil locuras te pones.

DON LUIS.

Éstas fueron sus razones,
mira si hablaba conmigo:
Yo me firmé rendida antes que os viese
y vivo y muerto sólo en vos estaba,
porque sola una sombra vuestra amaba;
pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese
amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda común así pagaba

la vida, cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo cuando temeroso
y cobarde mi amor, llego a miraros,
si no pago un amor tan generoso.
De vos y no de mí, podéis quejaros,
pues, aunque yo os estime como a esposo,
es imposible, como sois, amaros.
Y puesto que así me ha dado
disculpa de su mudanza,
sea mi loca esperanza
veneno y puñal dorado.
Si ha de matarme el dolor,
mejor es el gusto, ¡cielos!,
y si he de morir de celos,
mejor es morir de amor.
Siga mi suerte atrevida
su fin contra tanto honor,
porque he de amar a Leonor,
aunque me cueste la vida.

(Vase.)

JORNADA SEGUNDA

Sala en casa de Don Lope en Lisboa.

Escena primera

SIRENA, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Sirena de mis entrañas,
que para aumentar mi pena
eres la misma Sirena,
que enamoras y engañas:
duélate ver el rigor
con que tratas mis cuidados;
que también a los criados
hiere de barato amor.
Dame un favor de tu mano.

SIRENA.

Pues ¿qué puedo darte yo?

MANRIQUE.

Mucho puedes; pero no
quiero bien más soberano
que aquesse verde listón,
con que yaces declarada
por dama de la lazada
o fregona del tusón.

SIRENA.

¿Una cinta quieres?

MANRIQUE.

Sí.

SIRENA.

Ya aquesse tiempo pasó,
que un galán se contentó
con una cinta.

MANRIQUE.

Es así;
pero si yo la tuviera,
desparramando concetos,
mil y ciento y un sonetos
hoy en tu alabanza hiciera.

SIRENA.

Por verme tan soneteada
te la doy; y vete ahora,
porque viene mi señora.

(Vase Manrique.)

Escena II

DOÑA LEONOR. -SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Ya vuelvo determinada.
Esto, Sirena, es forzoso:
declárese mi rigor,
porque mi vida y mi honor
ya no es mío, es de mi esposo.
Dile a don Luis, que pues es

principal, noble y honrado,
por español y soldado
obligado a ser cortés,
que una mujer (no Leonor,
porque le basta saber
a una noble que una mujer)
le suplica que su amor
olvide: que maravilla
cuidado en la calle tal,
y no sufre Portugal
galanteos de Castilla:
que con lágrimas bañada
vuelvo a pedirle se vuelva
a Castilla, y se resuelva
a no hacerme mal casada;
porque fiera y ofendida,
si no lo hace, vive Dios,
que podrá ser que a los dos
nos venga a costar la vida.

SIRENA.

Desa suerte lo diré,
si puedo verle y hablalle.

DOÑA LEONOR.

¿Cuándo falta de la calle?
Mas no hables en ella, ve
a buscarle a la posada.

SIRENA.

Mucho, señora, te atreves.

(Vase.)

Escena III

DON LOPE, DON JUAN, MANRIQUE. -DOÑA LEONOR.

DON LOPE.

(Ap.) ¡Ay honor, mucho me debes!

DON JUAN.

Ya se acerca la jornada.

DON LOPE.

No queda en toda Lisboa
fidalgo ni caballero,
que ser no piense el primero
que merezca eterna loa
con su muerte.

MANRIQUE.

Justo es;
mas no pienso desafortunada
tener yo loa en mi muerte,
ni comedia ni entremés.

DON LOPE.

¿Luego tú no piensas ir
al África?

MANRIQUE.

Podrá ser
que vaya; mas será a ver,
por tener más que decir;
no a matar, quebrando en vano
la ley en que vivo y creo;
pues allí explicar no veo
que sea moro ni cristiano.
No matar, dice. Y los dos
esto me veréis guardar;
que yo no he de interpretar
los mandamientos de Dios.

DON LOPE.

¡Mi Leonor!

DOÑA LEONOR.

¡Esposo mío!
¿Vos tanto tiempo sin verme?
Quejoso vive el amor
de los Instantes que pierde.

DON LOPE.

¡Qué castellana que estáis!
Cesen las lisonjas, cesen
las repetidas finezas.
Mirad que los portugueses
al sentimiento dejamos
la razón, porque el que quiere,
todo lo que dice quita

de valor a lo que siente.
Si en vos es ciego el amor,
en mí es mudo.

MANRIQUE.
Y desafortunada
en mí endemoniado ha sido.

DON LOPE.
Siempre, Manrique, parece,
que al paso que yo estoy triste,
tú estás contento y alegre.

MANRIQUE.
Y dime, ¿cuál es mejor,
en pasiones diferentes,
la alegría o la tristeza?

DON LOPE.
La alegría.

MANRIQUE.
Pues ¿qué quieres?
¿Que deje yo lo mejor
por lo peor? Tú, que tienes
la tristeza, que es la mala,
eres quien mudarte debes,
y pasarte a la alegría;
pues será más conveniente,
que el ir yo de alegre a triste,
venir tú de triste a alegre.

(Vase.)

Escena IV

DON LOPE, DOÑA LEONOR, DON JUAN.

DOÑA LEONOR.
¿Vos estáis triste, señor?
Muy poco mi pecho os debe
o yo le debo muy poco,
pues vuestro dolor no siente.

DON LOPE.

Forzosas obligaciones
heredadas dignamente
con la sangre, a quien obligan
divinas y humanas leyes,
me dan voces y recuerdan
desta blanda paz y deste
olvido, en que yacen hoy
mis heredados laureles.
El famoso Sebastián,
nuestro rey, que viva siempre,
heredero de los siglos
a la imitación del fénix,
hoy al África hace guerra.
No hay caballero que quede
en Portugal; que a las voces
de la fama nadie duerme.
Quisiérale acompañar
a la jornada; y por verme
casado, no me he ofrecido
hasta que licencia lleve
de tu boca, Leonor mía.
Esta merced has de hacerme,
en este caso has de honrarme,
y este gusto he de deberte.

DOÑA LEONOR.

Bien con esas prevenciones
fue menester que me hicieseis
oraciones que me animen,
y discursos que me alienten.
Vos ausente, dueño mío,
y por mi consejo ausente,
fuera pronunciar yo misma
la sentencia de mi muerte.
Idos vos sin que lo diga
mi lengua; pues que no puede
negaros la voluntad
lo que la vida os concede.
Mas porque veáis que estimo
vuestra inclinación valiente,
ya no quiero que el amor
sino el valor me aconseje.
Servid hoy a Sebastián,
cuya vida el cielo aumente;
que es la sangre de los nobles
patrimonio de los reyes;

que no quiero que se diga
que las cobardes mujeres
quitan el valor a un hombre,
cuando es razón que le aumenten.
Esto el alma os aconseja,
aunque como el alma os quiere;
mas como ajena lo dice,
si como propia lo siente.

(Vase.)

Escena V

DON LOPE, DON JUAN.

DON LOPE.
¿Habéis visto en vuestra vida
igual valor?

DON JUAN.
Dignamente
es bien que lenguas y plumas
de la fama la celebren.

DON LOPE.
Y vos, ¿qué me aconsejáis?

DON JUAN.
Yo, don Lope, de otra suerte
os respondiera.

DON LOPE.
Decid.

DON JUAN.
Quien ya colgó los laureles
de Marte, y en blanda paz
ciñe de palma las sienes,
¿para qué otra vez, decidme,
ha de limpiar los paveses
tomados de orín y polvo
en que hora yacen y duermen?
Yo fuera justo que fuera,
a no estar por esta muerte
retirado y escondido;

y no es razón ofrecerme,
porque a los ojos del rey
llega mal un delincuente.
Si esto me disculpa a mí,
bastante disculpa tiene
quien soldado fue soldado.
No os vais, amigo, y creedme,
aunque un hombre os acobarde
y una mujer os aliente.

(Vase.)

Escena VI

DON LOPE.

¡Válgame Dios!, ¡quién pudiera
aconsejarse prudente,
si en la ocasión hay alguno
que a sí mismo se aconseje!
¿Quién hiciera de sí otra
mitad, con quien él pudiese
descansar? Pero mal digo:
¿quién hiciera cuerdamente
de sí mismo otra mitad,
porque en partes diferentes,
pudiera la voz quejarse
sin que el pecho lo supiese?
¡Pudiera sentir el pecho
sin que la voz lo dijese!
¡Pudiera yo, sin que yo
llegara a oírme ni a verme,
conmigo mismo culparme,
y conmigo defenderme!
Porque unas veces cobarde,
como atrevido otras veces,
tengo vergüenza de mí.
¡Que tal diga!, ¡que tal piense!,
¡que tenga el honor mil ojos
para ver lo que le pese,
mil oídos para oírlo,
y una lengua solamente
para quejarse de todo!
Fuera todo lenguas, fuese
nada oídos, nada ojos,
porque oprimido de verse

guardado, no rompa el pecho,
y como mina viviente.
Ahora bien, fuerza es quejarme;
mas no sé por dónde empieza;
que, como en guerra y en paz
viví tan honrado siempre,
para quejarme ofendido,
no es mucho que no aprendiese
razones; porque ninguno
previno lo que no teme.
¿Osará decir la lengua
qué tengo?... Lengua, detén-te,
no pronuncies, no articules
mi afrenta; que si me ofendes,
podrá ser que castigada,
con mi vida o con mi muerte,
siendo ofensor y ofendido,
yo me agravie y yo me vengue.
No digas que tengo celos...
Ya lo dije, ya no puede
volverse al pecho la voz.
¿Posible es que tal dijese
sin que, desde el corazón
al labio, consuma y queme
el pecho este aliento, esta
respiración fácil, este
veneno infame, de todos
tan distinto y diferente,
que otros desde el labio al pecho
hacer sus efectos suelen,
y éste desde el pecho al labio?
¿A qué áspid, a qué serpiente
mató su propio veneno?
A mi, ¡cielos!, solamente,
porque quiere mi dolor
que él me mate y yo le engendre.
Celos tengo, ya lo dije.
¡Válgame Dios! ¿Quién es este
caballero castellano
que a mis puertas, a mis redes
y a mis umbrales clavado,
estatua viva parece?
En la calle, en la visita,
en la iglesia atentamente
es girasol de mi honor,
bebiendo sus rayos siempre.

¡Válgame Dios! ¿Qué será
darme Leonor fácilmente
licencia para ausentarme,
y con un semblante alegre,
no sólo darme licencia,
sino decirme y hacerme
discursos tales, que aun ellos
me obligaran a que fuese,
cuando yo no lo intentara?
Y ¿qué será, finalmente,
decirme don Juan de Silva
que ni me vaya ni ausente?
¿En más razón no estuviera
que aquí mudados viniesen
de mi amigo y de mi esposa
consejos y pareceres?
¿No fuera mejor, si fuera
que se mudaran las suertes,
y que don Juan me animase
y Leonor me detuviese?
Sí, mejor fuera, mejor.
Pero ya que el cargo es éste,
hablemos en el descargo:
vaya, que el honor no quiere
por tan sutiles discursos
condenar injustamente.
¿No puede ser que Leonor
tales consejos me diese,
por ser noble como es,
varonil, sagaz, prudente,
porque quedándome yo,
mi opinión no padeciese?
Bien puede ser pues me dice
que da en consejo, y lo siente.
¿No puede ser que don Juan,
que me quedase dijese
por parecerle que estaba
excusado, y parecerle
que es dar disgusto a Leonor?
Sí, puede ser. Y ¿no puede
ser también que este galán
mire a parte diferente?
Y apretando más el caso,
cuando sirva, cuando espere,
cuando mire, cuando quiera,
¿en qué me agravia ni ofende?

Leonor es quien es y yo
soy quien soy; y nadie puede
borrar fama tan segura
ni opinión tan excelente.
Pero sí puede (¡ay de mí!)
que al sol claro y limpio siempre,
si una nube no le eclipsa,
por lo menos se le atreve,
si no le mancha, le turba,
y al fin, al fin le oscurece.
¿Hay, honor, más sutilezas
que decirme y proponerme?
¿Más tormentos que me aflijan,
más penas que me atormenten,
más sospechas que me maten,
más temores que me cerquen,
más agravios que me ahoguen
y más celos que me afrenten?
No. Pues no podrás matarme,
si mayor poder no tienes;
que yo sabré proceder
callado, cuerdo, prudente,
advertido, cuidadoso,
solícito y asistente,
hasta tocar la ocasión
de mi vida y de mi muerte:
y en tanto que ésta se llega,
¡valedme, cielos, valedme! (Vase.)

Calle con puerta de casa de Don Lope.

Escena VII

SIRENA, con manto; MANRIQUE, tras ella.

SIRENA.
Escaparme no he podido
de Manrique, para entrar
en casa: todo el lugar
hoy siguiéndome ha venido.
¿Qué haré?

MANRIQUE.
Tapada de azar,
que mira, camina y calla,

con el arte de batalla
y el tallazo de picar,
la de entrecano picote,
que con viento en popa vuelas,
con el manto de tres suelas
y chilenas de anascote,
habla y descúbrete, y sea
desengaño tu fachada;
porque callando y tapada,
dice boba sobre fea.
Aunque en tu brío, confieso
que indicio en todo das.

SIRENA.
¿No dice más?

MANRIQUE.
No sé más.

SIRENA.
¿Y a cuántas ha dicho eso?

MANRIQUE.
Antes soy muy recatado.
No he hablado, a fe de quien soy,
sino cinco en todo hoy;
que ya estoy muy reformado.

SIRENA.
¡Gracias al cielo que veo
un hombre firme y constante!
Yo tampoco soy amante
de más que nueve.

MANRIQUE.
Sí creo;
y porque me creas a mí,
de todas mostrarte quiero
un favor. Sea el primero (Sácalos.)
el moño que sale aquí.
Este moño pecador
su papel un tiempo hizo,
y de rizado y postizo
fue mártir y confesor.
No es de aljófara lo ensartado;
liendres son con que me alegro,

que desde lejos mirado,
parece un penacho negro
de blancas moscas nevado.
Aquesta sutil varilla
es barba de la ballena
sacada de una cotilla,
que fue entregar a mi pena
lo mismo que una costilla.
Vara es de virtudes llena,
que hace bueno el pecho y buena
la espalda más eminente;
que ya todo talle miente
por la barba de ballena.
La zapatilla que estás
mirando ahora en mis manos,
casa fue, donde sabrás
que vivieron dos enanos
sin encontrarse jamás.
Éste es un guante, y no hay duda
de que, como ruiñón,
mucho tiempo estuvo en muda;
pregúntaselo al olor:
sebo de cabrito suda.
Esta cinta es de una dama
de gran porte; pero yo
no la quiero.

SIRENA.
¿Por qué no?

MANRIQUE.
Porque sé que ella me ama.
¿No es causa bastante?

SIRENA.
Sí.

MANRIQUE.
La que yo tengo de amar,
me ha de mentir, engañar,
y se ha de burlar de mí,
dar celos cada momento,
maltratarme, despedirme,
y en efecto ha de pedirme,
que es la cosa que más siento;
porque si al fin es costumbre

en ellas, tengo por justo
hacer desde luego gusto
lo que ha de ser pesadumbre.

SIRENA.
¿Y es hermosa esa señora?

MANRIQUE.
No, pero es puerca.

SIRENA.
En verdad
que es muy buena calidad.

MANRIQUE.
Arrope un ojo la llora,
y otro aceite.

SIRENA.
¿Es entendida?

MANRIQUE.
Cuanto dice entiendo yo;
mas cuanto la dicen, no,
que es entendida, entendida.

SIRENA.
Por muestra de que es verdad,
que amarle a su gusto espero,
este listón sólo quiero.

MANRIQUE.
De muy buena voluntad

SIRENA.
¡Ay triste de mí!

MANRIQUE.
¿Qué ha sido?

SIRENA.
Mi marido viene allí;
váyase presto de aquí,
que es un diablo mi marido.
Dé vuelta a la calle presto,
que en tanto, señor, que él pasa,

le esperaré en esta casa.

MANRIQUE.

En buen sagrado te has puesto;
que aquí vivo yo, y vendré
en estando asegurada. (Vase.)

SIRENA.

A un bellaco, una taimada. (Vase.)

Sala en casa de Don Lope.

Escena VIII

SIRENA.

SIRENA.

Bien dentro de casa entré
sin que fuese conocida.
Lindamente le he engañado,
aunque él más, pues me ha dejado
tan afrentada y corrida.
Que dijera que era fea
no importaba, aunque lo fuese,
ni importaba que dijese
que necia y que sucia sea;
pero ¡aceite un ojo a mí,
y otro arropo! No, por Dios.
Y aun si lloraran los dos
una cosa, entonces sí
que callara; mas ¿que tope
un picaón, un taimado,
que mis ojos han llorado
uno aceite y otro arropo?

Escena IX

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Sirena.

SIRENA.

Señora mía.

DOÑA LEONOR.
¡Cuánto tu ausencia me cuesta!
¿Hablástele?

SIRENA.
Y la respuesta
en este papel te envía;
y de palabra me dijo,
que si él una vez te hablara,
él se fuera y te dejara.

DOÑA LEONOR.
Con mayor causa me aflijo.
¿Para qué el papel tomaste?

SIRENA.
Para traerte el papel.

DOÑA LEONOR.
(Ap.) ¡Ay, pensamiento cruel,
qué fácil entrada hallaste
en mi pecho!

SIRENA.
Pues ¿qué importa
que le tomes y le leas?

DOÑA LEONOR.
¿Eso es bien que de mí creas?
La voz, Sirena, reporta,
con abrasarle y romperle.
(Ap.) Entiéndeme, necia, y sea
rogándome que le vea;
que estoy muerta por leerle.

SIRENA.
¿Qué culpa tiene el papel
que viene mandado aquí,
señora, para que así
vengues tu cólera en él?

DOÑA LEONOR.
Pues si le tomo, verás
que es sólo para rompelle.

SIRENA.
Rómpele después de lêlle.

DOÑA LEONOR.
(Ap.) Eso sí, ruégame más.
Pesada estás, y por ti
rompo la nema y le leo,
por ti sola.

SIRENA.
Ya lo veo.
Ábrele, pues.

DOÑA LEONOR.
Dice así:
(Abre el papel Doña Leonor, y lee.)
«Leonor, si yo pudiera obedecerte,
»y pudiera olvidar, vivir pudiera:
»fuera contigo liberal, si fuera
»bastante yo conmigo a no quererte.
»Mi muerte injusta tu rigor me advierte,
»si mi vida en amarte persevera,
»¡pluguiera a Dios! y de una vez muriera
»quien de tantas no acierta con su muerte,
»¿Que te olvide pretendes? ¿Cómo puedo
»despreciado olvidar y aborrecido?
»¿No ha de quejarse del dolor el labio?
»Quiéreme tú; que si obligado quedo,
»yo olvidaré después, favorecido;
»que el bien puede olvidarse, no el agravio.»

SIRENA.
¿Lloras, leyendo el papel?
Son, en fin, pasadas glorias.

DOÑA LEONOR.
Lloro unas tristes memorias
que vienen vivas en él.

SIRENA.
Quien bien quiere, tarde olvida.

DOÑA LEONOR.
Como el que muerte me dio
está presente, brotó
reciente sangre la herida.

Este hombre ha de obligarme,
con seguirme y ofenderme,
a matarme y a perderme
(que aun fuera menos matarme),
si no se ausenta de aquí.

SIRENA.
Pues tú lo puedes hacer.

DOÑA LEONOR.
¿Cómo?

SIRENA.
Oyéndole, que él dice
que en oyéndole una vez,
se ausentará de Lisboa.

DOÑA LEONOR.
¿Cómo, Sirena, podré?
Que a trueco de que se vaya,
imposibles sabré hacer.
¿Cómo vendrá?

SIRENA.
Escucha atenta:
Ahora es el anochecer,
que es la hora más segura,
porque ni temprano es
para que a un hombre conozcan,
ni tarde para temer
que la vecindad lo note.
De mi señor, ya tú ves
que nunca viene a esta hora.
Don Luis, no dudo que esté
en la calle; podrá entrar
a esta sala, donde habléis
los dos, y entonces podrás
decirle tu parecer.
Óyele lo que dijere,
y obre fortuna después.

DOÑA LEONOR.
Tan fácilmente lo dices,
que no le dejas que hacer
al temor, ni aun al honor
que dudar ni que temer.

Ve ya por don Luis. (Vase Sirena.)

Escena X

DOÑA LEONOR.

Amor,
aunque en la ocasión esté,
soy quien soy, vencerme puedo.
No es liviandad, honra es
la que a esta ocasión me puso;
ella me ha de defender;
que cuando ella me faltara,
quedara yo, que también
supiera darme la muerte,
si no supiera vencer.
Temblando estoy; cada paso
que siento, pienso que es
don Lope, y el viento mismo
se me figura que es él.
¿Si me escucha? ¿Si me oye?
¡Qué propio del miedo fue!
¡Que a tales riesgos se ponga
una principal mujer!

Escena XI

SIRENA y DON LUIS, -DOÑA LEONOR.

SIRENA.

Ésta es Leonor.

DON LUIS.

¡Ay de mí!
¡Cuántas veces esperé
esta ocasión! Ya quisiera
no haberla llegado a ver.

DOÑA LEONOR.

Ya, señor don Luis, estáis
en mi casa, ya tenéis
la ocasión que habéis deseado.
Hablad aprisa, porque
os volváis; que temerosa

de mí misma, tengo al pie
grillos de hielo, y el alma
de mi aliento puede hacer
al corazón un cuchillo
y a la garganta un cordel.

DON LUIS.

Ya sabéis, Leonor hermosa,
(si es que olvidado no habéis
pasados gustos, y ya
ignoráis lo que sabéis)
que en Toledo, nuestra patria,
(perdonadme) os quise bien,
desde que en la Vega os vi
un día al amanecer,
que aumentando nuevas flores
al campo hermoso, tal vez
lo que las manos robaron,
restituyeron los pies.
Ya sabéis...

DOÑA LEONOR.

Esperad, yo
seré más breve. Ya sé
que muchos días rondasteis
mi calle, y a mi desdén
constante siempre tuvisteis
amor firme y firme fe,
hasta que os favorecí.
¿Qué no han llegado a vencer
lágrimas de amor, que lloran
los hombres que quieren bien?
Y favorecido ya,
siendo tercera fiel
la noche (¿qué no consiguen
una reja y un papel?),
tratábamos de casarnos,
cuando os hicieron merced
de una jineta, y fue fuerza
iros a servir al rey.
Fuisteis a Flandes...

DON LUIS.

Sí fui
(que aqueso ya lo diré),
donde dimos un asalto,

y murió valiente en él
un don Juan de Benavides,
caballero aragonés.
La equivocación del nombre
dio causa para entender
que fuese yo el muerto: ¡Cuánto
una mentira se crê!
Llegó la nueva a Toledo...

DOÑA LEONOR.
Eso diré yo más bien,
que sin vida la sentí,
y con la vida lloré;
pero callo aquí, aunque aquí
os pudiera encarecer
los sentimientos que hice,
las tristezas que pasé.
En efecto, persuasiones
de muchos pudieron ser
bastantes a que en Toledo
me casare por poder.

DON LUIS.
Yo lo supe en el camino,
y pensando deshacer
el casamiento, corrí
hasta que os vi y os hablé,
con equívocas razones,
en traje de mercader.

DOÑA LEONOR.
Estaba casada ya;
y pues os desengañé,
¿a qué habéis venido aquí?

DON LUIS.
Sólo he venido por ver
si hay ocasión de quejarme;
que si culpando tu fe
descanso, iré luego a Flandes,
donde una bala me dé,
porque la pólvora cumpla
lo que me ofreció otra vez.

SIRENA.
Gente sube la escalera.

DOÑA LEONOR.

¡Ay cielos! ¿Qué puedo hacer?
Oscura está aquesta sala;
que aquí te quedes es bien,
porque a ti sólo te hallen;
y habiendo entrado quien es,
podrás irte, no a Castilla;
que ocasión habrá después
para acabar de quejarte.

SIRENA.

Yo voy contigo también. (Vanse las dos.)

Escena XII

DON LUIS.

¿Qué confusión es ésta,
que a mi desdicha iguala?
Oscura está la sala,
y la noche funesta,
ya de sombra cubierta,
baja. No sé la casa ni la puerta;
que otra vez no he llegado
aquí. ¡Forzosa pena!
Temerosa Sirena
y Leonor, me han dejado
confuso y sin sentido.

Escena XIII

DON JUAN, que andando a oscuras, se encuentra con -DON LUIS.

DON JUAN.

¿A estas horas, no hubieran encendido
una luz? -Mas ¿qué es esto?
¿Quién es? ¿No me responde?

DON LUIS.

(Ap.) ¡Halle puerta por donde
salir!

DON JUAN.

Responda presto,

o ya desenvainada,
lengua de acero, lo dirá mi espada.

(Al entrarse don Luis por la puerta que va al cuarto de doña Leonor, alcanzado por don Juan, saca la espada y la cruza con él, retirándose luego.)

Escena XIV

DON LOPE y MANRIQUE. -DON JUAN.

DON LOPE.
¡Ruido de cuchilladas,
y oscuro el aposento!

DON JUAN.
Aquí los pasos siento.

MANRIQUE.
Voy por luz. (Vase.)

DON LOPE.
¡Aquí espadas!
Ya es fuerza que me asombre.

DON JUAN.
Ya le he dicho otra vez que diga el nombre.

DON LOPE.
¿Quién mi nombre pregunta?

DON JUAN.
Quien, porque habléis, sospecho
que abrirá en vuestro pecho
mil bocas con la punta
deste acero.

Escena XV

DOÑA LEONOR, SIRENA y MANRIQUE. -DON LOPE, DON JUAN.

DOÑA LEONOR.
(Dentro.) ¡Luz, presto!
(Salen Doña Leonor y Sirena, y Manrique con luz.)

DON LOPE.
¡Don Juan!

DON JUAN.
¡Don Lope!

DOÑA LEONOR.
¡Ay cielos!

DON LOPE.
Pues ¿qué es esto?

DON JUAN.
En esta cuadra entraba,
cuando un hombre salía.

DOÑA LEONOR.
Algún hombre sería
que robarla intentaba.

DON LOPE.
¡Hombre!

DON JUAN.
Sí, y preguntando
quién era, la respuesta dio callando.

DON LOPE.
(Ap. Disimular conviene,
no crea que yo puedo
tener tan bajo miedo,
que mi valor condene.)
¡Bueno fuera, a fe mía,
mataros! Yo era el mismo que salía;
que (tan desconocida
la voz) viendo que un hombre
me preguntaba el nombre
en mi casa, ofendida
la paciencia y turbada,
callando doy respuesta con la espada.

SIRENA.
¡Por cuánto aquí se viera
un infeliz suceso!

DON JUAN.

¿Cómo puede ser eso,
si el que yo digo que era
dentro está, cosa es cierta,
que no pudo salir por esa puerta,
que vos entrasteis?

DON LOPE.

Digo
que era yo.

DON JUAN.

Es cosa extraña.

DON LOPE.

(Ap. ¡Oh cuánto a un hombre daña
un ignorante amigo!
¡Que no puedan los cuerdos, los más sabios,
celar de un necio amigo los agravios!)
Pues si por cosa cierta
tenéis que dentro ha entrado,
fuerte y determinado
guardadme aquella puerta,
en tanto, si eso pasa,
que yo examino toda aquesta casa.

DON JUAN.

Pues no saldrá por ella.
Mirar seguro puedes.

DON LOPE.

Mira que en ella quedes,
y no te apartes della. (Vase Don Juan.)
(Ap. Hoy seré cuerdamente,
si es que ofendido soy, el más prudente,
y en la venganza mía
tendrá ejemplos el mundo,
porque en callar la fundo.)
Ea, Manrique, guía
con esa luz.

MANRIQUE.

No oso,
que yo de duendes soy poco goloso.

(Quiere Don Lope entrar en un aposento, y detiéndole Doña Leonor.)

DOÑA LEONOR.

No entréis, señor, aquí: yo soy testigo
que aseguraros este cuarto puedo.

DON LOPE.

(A Manrique.) Pues ¿de qué tienes miedo?

MANRIQUE.

De todo.

DON LOPE.

(A Doña Leonor.) Suelta, digo.-

(A Manrique.) Y tú vete de aquí...

(Ap. Que antes es dicha
que falte otro testigo a mi desdicha.)

(Toma la luz y entra, y Manrique se va por otra puerta.)

Escena XVI

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.

¡Ay, Sirena! ¿Qué suerte
es ésta tan airada?
Estoy, desesperada,
por darme aquí la muerte;
pues ya es fuerza que tope
a don Luis escondido, ¡ay Dios!, don Lope.
Él pensó que salía
por la puerta que entraba
a mi cuarto: allí estaba.
¿Mas por qué mi porfía
duda lo que ha pasado?
Ya le ha visto don Lope, ya le ha hablado.
¿Qué haré? Irme no puedo;
porque en desdichas tantas,
oprimidas las plantas,
cadenas pone el miedo
de cobardes prisiones.
Toda soy confusión de confusiones.

Escena XVII

DON LUIS, que sale con la espada desnuda y embozado,

y tras él DON LOPE, con la espada desnuda y luz.

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DON LOPE.

No os encubráis, caballero.

DON LUIS.

Detened, señor, la espada;
que en la sangre de un rendido
más que se ilustra se mancha.
Yo soy de Castilla, donde
por los celos de una dama,
di a un caballero la muerte
cuerpo a cuerpo en la campaña.
Vine a ampararme a Lisboa,
donde estoy por esta causa
de Castilla desterrado.
He sabido esta mañana
que aquí un hermano del muerto
cautelosamente anda
encubierto, por vengarse
con traición y con ventaja.
Con este cuidado, pues,
por esta calle pasaba,
cuando tres hombres me embisten
a las puertas desta casa.
Viendo que (aunque el corazón
algunas veces engaña)
era imposible defensa
contra tres de mano armada,
subíme por la escalera;
y ellos, o por ver que estaba
en sagrado, o por no hacer
tan dudosa la venganza,
no me siguieron, y estuve
en esa primera sala
esperando a que se fuesen,
y sintiendo sosegada
la calle, bajarme quise;
pero al salir de la cuadra,
hallé un hombre que me dijo:
«¿Quién va?» Yo, que imaginaba
que eran mis propios contrarios,
no le respondo palabra.
De una sala en otra, entré

hasta aquí. Ésta es la causa
de haberme hallado, señor,
escondido en vuestra casa.
Ahora dadme la muerte;
que como yo dicho haya
la verdad, y no padezca
alguna virtud sin causa,
moriré alegre, rindiendo
el ser, la vida y el alma
a un honrado sentimiento,
y no a una infame venganza.

DON LOPE.

(Ap. ¿Pueden juntarse en un hombre
confusiones más extrañas?
¿Tantos asombros y miedos,
penas y desdichas tantas?
Si en la calle este hombre, ¡cielos!,
tantos pesares me daba,
¿qué vendrá a darme escondido
dentro de mi misma casa?
Basta, basta, pensamiento;
sufrimiento, basta, basta,
que verdad puede ser todo;
y cuando no, aquí no hay causa
para mayores extremos:
sufre, disimula y calla.)
Caballero castellano,
yo me alegro de que haya
sido contra una traición
sagrado vuestro mi casa.
En ella, a ser hoy soltero,
os sirviera y hospedara:
porque un caballero debe
amparar nobles desgracias.
Lo que podré hacer por vos,
será acudiros en cuantas
ocasiones se os ofrezcan,
porque a ese lado mi espada,
contra tres mil, no os suceda
otra vez volver la espalda.
Y ahora, por que salgáis
más secreto de mi casa,
podréis salir del jardín
por aquella puerta falsa...
Yo la abriré... y también hago

prevención tan recatada,
porque criados, que al fin
son enemigos de casa,
no cuenten que os hallé en ella,
y sea fuerza que vaya
a todos satisfaciendo
de cuál ha sido la causa.
Porque aunque es cierto que nadie
dude una verdad tan clara,
y yo de mí mismo tengo
la satisfacción que basta,
¿quién de una malicia huye?
¿quién de una sospecha escapa?,
¿quién de una lengua se libra?,
¿quién de una intención se guarda?
Y si llegara a creer...,
¿qué es a creer?, si llegara
a imaginar, a pensar
que alguien pudo poner mancha
en mi honor..., ¿qué es mi honor?,
en mi opinión y en mi fama,
y en la voz tan solamente
de una criada, una esclava,
no tuviera, ¡vive Dios!,
vida que no le quitara,
sangre que no le vertiera,
almas que no le sacara;
y éstas rompiera después,
a ser visibles las almas.
Venid, iréos alumbrando
hasta que salgáis.

DON LUIS.
(Ap.) Helada
tengo la voz en el pecho.
¡Qué portuguesa arrogancia!

(Vanse los dos.)

Escena XVIII

DOÑA LEONOR, SIRENA; después DON LOPE.

DOÑA LEONOR.
Aún mejor ha sucedido,

Sirena, que yo esperaba.
Sola una vez sino el mal
menor que el que se esperaba.
Ya puedo hablar, y ya puedo
mover las heladas plantas.
¡Ay, Sirena, en qué me vi!
Vuelva a respirar el alma.

(Vuelve Don Lope.)

DON LOPE.

Leonor.

DOÑA LEONOR.

Señor, pues ¿qué intentas?
¿Ya no supiste la causa
con que él entró? Ya supiste
que yo no he sido culpada.

DON LOPE.

¿Tal pudiera imaginar
quien te estima y quien te ama?
No, Leonor, sólo te digo
que ya aquí se declara
con nosotros...

DOÑA LEONOR.

¿Ya él no dijo
que aquí de Castilla estaba
ausente por una muerte?
Pues yo, señor, no sé nada.

DON LOPE.

No te disculpes, Leonor.
Mira..., mira que me matas.
Tú, Leonor pues ¿de qué habías
de saberlo? Pero basta
que él se fíe de nosotros,
para que de aquí no salga.
Y tú, Sirena, no digas
lo que entre los tres nos pasa
a ninguno, ni a don Juan.

Escena XIX

DON JUAN. -DICHOS.

DON JUAN.

(Ap.) Tanto don Lope se tarda,
que me ha dado algún cuidado.

DON LOPE.

¡Por Dios, don Juan, linda gracia
es hacerme andar así
mirando toda la casa,
siendo cierto que fui yo!
Tomad otro poco el hacha,
y andadla vos.

DON JUAN.

¿Para qué,
si ya aquí me desengaña
el saber que fuisteis vos?
Ya conozco mi ignorancia.

DON LOPE.

Con todo habemos los dos
segunda vez de mirarla.

DOÑA LEONOR.

(Ap.) ¡Qué prudencia tan notable!

DON JUAN.

(Ap.) ¡Qué valor y qué arrogancia!

SIRENA.

(Ap.) ¡Qué temor!

DON LOPE.

(Ap.) Desta manera,
el que de vengarse trata,
hasta mejor ocasión,
sufre, disimula y calla.

JORNADA TERCERA

Atrio de un palacio del rey en Lisboa.

Escena primera

DON JUAN, MANRIQUE.

DON JUAN.

¿Dónde está don Lope?

MANRIQUE.

Cuando

entró en palacio, yo aquí
me quedé.

DON JUAN.

Búscale, y di

que yo le estoy esperando.

(Vase Manrique.)

Escena II

DON JUAN.

Quedaréme imaginando
a solas, sin mí y conmigo,
el dudoso fin que sigo,
y la obligación que tiene
quien a hacer discursos viene
en la opinión de un amigo.

Yo de don Lope lo soy
tanto, que no ha celebrado
amigo más obligado
la antigüedad hasta hoy.
Huésped en su casa estoy,
su hacienda gasto, y es mía,
su vida y su alma me fía:
pues ¿cómo, ¡cielos!, podré
ser ingrato a tanta fe,
amistad y cortesía?

¿Podré yo ver y callar
que su limpio honor padezca,
sin que mi vida le ofrezca
para ayudarle a vengar?

¿Podré yo ver murmurar
que este castellano adore
a Leonor, que la enamore,
y le dé lugar Leonor,
y padeciendo su honor,
yo lo sepa y él lo ignore?

No podré; pues si él quedara
satisfecho, siendo mía
la venganza, en este día
al castellano matara.
A él sin él yo le vengara,
prudente, advertido y sabio;
mas de la intención del labio
satisfacción no se alcanza,
si el brazo de la venganza
no es del cuerpo del agravio.
Yo a don Lope le diré
clara y descubiertamente
que no hable al rey ni se ausente.
Mas si me dice por qué,
¿cómo le responderé
la causa? Duda mayor
es ésta; que al que el valor
eterno honor le previene,
quien dice que no le tiene
es quien le quita el honor.
¿Qué debe hacer un amigo
en tal caso, pues entiendo
que si le callo, le ofendo
y le ofendo si lo digo,
oféndole si castigo
su agravio? Yo fui su espejo:
¿por qué bien no le aconsejo? -
Mas él mismo viene allí.
No ha de quejarse de mí.
Él me ha de dar consejo.

Escena III

DON LOPE, MANRIQUE. -DON JUAN.

DON LOPE.
Vuélvete, Manrique, y di
que luego a la quinta voy;
que esperando a hablar estoy
al rey.

MANRIQUE.
Don Juan está allí,
y viene a hablarte. (Vase.)

DON LOPE.

(Ap. ¡Ay de mí!

¿Qué puede haber sucedido?

¿A qué puede haber venido?)

Don Juan, pues ¿qué hay por acá?-

(Ap. ¡Oh, cómo un cobarde está
siempre a su temor rendido!)

DON JUAN.

Don Lope, amigo, yo vengo

(si estamos solos los dos)

a aconsejarme con vos

en una duda que tengo.

DON LOPE.

(Ap. Ya para oír me prevengo
alguna desdicha mía.)

Decid.

DON JUAN.

Un caso me envía

un amigo a preguntar,

y quiérole consultar

con vos.

DON LOPE.

¿Y es?

DON JUAN.

Jugando un día

dos hidalgos, se ofreció

una duda, en caso tal

forzosa, sobre la cual

uno a otro desmintió.

Con las voces, no lo oyó

entonces el desmentido;

un amigo lo ha sabido,

y que se murmura dél;

y por serlo tan fiel,

esta duda se ha ofrecido:

¿si éste tendrá obligación

de decirlo claramente

al otro, que está inocente;

o si dejar es razón

que padezca su opinión,

pues él no basta a vengalle?

Si lo calla es agravialle,
y si lo dice es error
de amigo. ¿Cuál es mejor,
que lo diga, o que lo calle?

DON LOPE.

Dejadme pensar un poco.
(Ap. Honor, mucho te adelantas;
que una duda sobre tantas
basta a volverme loco.
En otro sujeto toco
lo que ha pasado por mí.
Don Juan pregunta por sí:
luego alguna cosa vio.
¿Haré que la diga?, no;
pero que la calle, sí.)
Don Juan, yo he considerado,
si es que mi voto he de dar,
que no puede un hombre estar
ignorante y agraviado.
Aquel que ha disimulado
su ofensa por no vengalla,
es quien culpado se halla;
porque en un caso tan grave,
no yerra el que no lo sabe,
sino el que lo sabe y calla.
Y yo de mí sé decir
que si un amigo cual vos
(siendo quien somos los dos)
tal me llegara a decir,
tal pudiera presumir
de mí, tal imaginara,
que el primero en quien vengara
mi desdicha, fuera en él;
porque es cosa muy cruel
para dicha cara a cara,
y no sé que en tal rigor
haya razón que no asombre
y que se le pueda a un hombre
decir: «No tenéis honor.»
¡Darme el amigo mayor
el mayor pesar!- Testigo
es Dios (otra vez lo digo),
que si yo me lo dijera,
a mí la muerte me diera,
y soy mi mayor amigo.

DON JUAN.

Ya quedo ahora de vos
enseñado. Eso diré,
y a este amigo avisaré
que calle. Quedad con Dios. (Vase.)

Escena IV

DON LOPE.

¿Quién duda que entre los dos
pasa el caso que ponía
en tercero, y que sabía
que Leonor matarme intenta?
Pues el que supo mi afrenta,
sabrà la venganza mía.
Y el mundo la ha de saber.
Basta, honor; no hay que esperar;
que quien llega a sospechar,
no ha de llegar a creer,
ni esperar a suceder
el mal; y pues su mudanza
logra tan baja esperanza,
volveré donde contemplo
que dé su traición ejemplo,
y escarmiento mi venganza.

Escena V

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO. -DON LOPE.

REY.

Aunque en la quinta, que del Rey la llama
el vulgo en la quinta, que
el vulgo, aquesta noche duerma, digo
que no me he de quedar hoy en Lisboa.
Esté la gente toda prevenida,
que desde allí saldrá la más lucida
a competir con plumas y colores
del Sol los rayos, del abril las flores.

DON LOPE.

(Ap. Cobarde al rey me llevo;
que esta pena, esta rabia y este fuego

tan cobarde me tiene, que sospecho,
con vergüenza, dolor y cobardía,
que todos saben la desdicha mía.)
Dame tus pies; será feliz mi boca,
si con su aliento esas esferas toca.

REY.

¡Ah don Lope de Almeida! Si tuviera
en África esa espada, yo venciera
la morisca arrogante bazaría.

DON LOPE.

Pues ¿podiera quedar la espada mía
en la paz, en la que se os muestra,
cuando vos, gran señor, sacáis la vuestra?
Con vos voy a morir, ¿Qué causa hubiera
que en Portugal, señor, me detuviera
en aquesta ocasión?

REY.

¿No estáis casado?

DON LOPE.

Sí, señor; mas no el serlo me ha estorbado
el ser quien soy; porque antes hoy me llama
tener mayor honor a mayor fama.

REY.

¿Cómo, recién casada,
quedará como vuestra esposa?

DON LOPE.

Muy honrada
en ver que os ha ofrecido
a esta empresa un soldado en su marido;
que es noble, es varonil, y más sintiera
que a vuestro lado, gran señor, no fuera;
pues si antes por mi fama os acudía,
ahora por la suya y por la mía.
Y no es inconveniente a mi deseo
el ausentarme della.

REY.

Así lo creo;
que yo lo dije porque no era justo
descasaros tan presto, y desto gusto;

que en vuestra casa, aunque la empresa es alta
podréis hacer, don Lope, mayor falta.

(Vase el Rey y el acompañamiento.)

Escena VI

DON LOPE.

¡Válgame el cielo, ¿qué es esto
por que pasan mis sentidos?
Alma, ¿qué habéis escuchado?
Ojos, ¿qué es lo que habéis visto?
¿Tan pública es ya mi afrenta,
que ha llegado a los oídos
del rey? ¿Qué mucho, si es fuerza
ser los postreros los míos?
¿Hay hombre más infelice?
¿No fuera mejor castigo,
¡cielos!, desatar un rayo,
que con mortal precipicio
me abrasara, viendo antes
el incendio que el aviso,
que la palabra del rey,
que grave y severo dijo
que yo haré falta en mi casa?
Pero ¿qué rayo más vivo,
si fénix de las desdichas,
fui ceniza de mí mismo?
Cayeran sobre mis hombros
esos montes y obeliscos
de piedra, fueran sepulcros
que me sepultaran vivo.
Menos peso fueran, menos,
que esta afrenta en que he caído,
a cuya gran pesadumbre
ya desmayado me rindo.
¡Ay, honor, mucho me debes!
Júntate a cuentas conmigo.
¿Qué quejas tienes de mí?
¿En qué, dime, te he ofendido?
Al heredado valor,
¿no he juntado el adquirido,
haciendo la vida en mí
desprecio al mayor peligro?
¿Yo, por no ponerte a riesgo,

toda mi vida no he sido
con el humilde, cortés,
con el caballero, amigo,
con el pobre, liberal,
con el soldado, bienquisto?
Casado, ¡ay de mí!, casado,
¿en qué he faltado?, ¿en qué he sido
culpado? ¿No hice elección
de noble sangre, de antiguo
valor? Y ahora a mi esposa,
¿no la quiero?, ¿no la estimo?
Pues si yo en nada he faltado,
si en mis costumbres no ha habido
acciones que te ocasionen,
con ignorancia o con vicio,
¿por qué me afrentas?, ¿por qué?
¿En qué tribunal se ha visto
condenar al inocente?
¿Sentencias hay sin delito?
¿Informaciones sin cargo?
Y sin culpas, ¿hay castigo?
¡Oh locas leyes del mundo!
¡Que un hombre, que por sí hizo
cuanto pudo para honrado,
no sepa si está ofendido!
¡Que de ajena causa ahora
venga el efecto a ser mío
para el mal, no para el bien,
pues nunca el mundo ha tenido
por las virtudes de aquél
a éste en más! Pues ¿por qué (digo
otra vez) han de tener
a éste en menos, por los vicios
de aquella que fácilmente
rindió alcázar tan altivo
a las fáciles lisonjas
de su liviano apetito?
¿Quién puso el honor en vaso
que es tan frágil? ¿Y quién hizo
experiencias en redoma,
no habiendo experiencia en vidrio?
Pero acortemos discursos;
porque será un ofendido
culpar las costumbres necias,
proceder en infinito.
Yo no basto a reducirlas

(con tal condición nacimos),
yo vivo para vengarlas,
no para enmendarlas vivo.
Iré con el rey, y luego
volviéndome del camino
(que ocasión habrá), también
la tendré para el castigo.
La más pública venganza
será que el mundo haya visto.
Sabrá el rey, sabrá don Juan,
sabrá el mundo, y aun los siglos
futuros, ¡cielos!, quién es
un portugués ofendido. (Vase.)

Orillas del mar.

Escena VII

Óyese ruido de cuchilladas, y sale DON JUAN,
riñendo con unos SOLDADOS; después, DON LOPE.

DON JUAN.
Cobardes, el satisfecho
soy yo, que no el desmentido.

UN SOLDADO.
Huye, que es rayo su espada.

(Éntranse Don Juan y sus contrarios.)

DON LOPE.
(Dentro.) ¿No es don Juan aquel que miró?
A vuestro lado me halláis. (Sale.)

OTRO.
(Dentro.) ¡Muerto soy!

DON JUAN.
(Volviendo.) Si estáis conmigo,
poco fuera el mundo.

DON LOPE.
Ya
huyeron. Decid qué ha sido,
si la ocasión que tenéis

no nos obliga a seguirlos.

DON JUAN.

¡Ay don Lope, muerto estoy!
Hoy nuevamente recibo
la afrenta, que en la venganza
pensé que estaba en su olvido.
Mas, ¡ay de mí!, ha sido engaño,
porque bastante no ha sido
la venganza a sepultar
un agravio recibido.

Cuando me aparté de vos,
llegué hasta este propio sitio
que bate el mar, con el fin
que vos propio habéis venido,
que es de volver a la quinta
adonde habéis reducido
vuestra casa, previniendo
vuestra ausencia. Divertido
llegué, pues, y en esta parte
estaban en un corrillo
unos hombres, y al pasar
el uno a los otros dijo:
«Aqueste es don Juan de Silva.»

Yo, oyendo mi nombre mismo,
que es lo que se oye más fácil,
apliqué entrambos oídos.

Otro preguntó: -¿Y quién es
este don Juan? -¿No has oído
(le respondió) su suceso?

Pues éste fue desmentido
de Manuel de Sosa. Yo,
que ya no pude sufrirlo,
saco la espada, y a un tiempo
tales razones le digo:

«Yo soy aquel que maté
a don Manuel, mi enemigo,
tan presto, que de mi agravio
la última razón no dijo.

Yo soy el desagraviado,
que no soy el desmentido;
pues con su sangre quedó
lavado mi honor y limpio.»

Dije, y cerrando con todos,
siguiéndolos he venido
hasta aquí porque me huyeron

luego; que es usado estilo
ser cobarde el maldiciente;
y así ninguno se ha visto
valiente, que todos hacen
a las espaldas su oficio.
Ésta es mi pena, don Lope,
y, ¡vive Dios!, que atrevido,
que loco y desesperado,
de aquí no me precipito
al mar, o con esta espada
mi propia vida me quito,
por que me mate el dolor.
«¡Éste es aquel desmentido»,
dijo, «no aquel satisfecho!»
¿Quién en el mundo previno
su desdicha? ¿No hizo harto
aquel que la satisfizo?
¿Aquel que puso su vida
desesperado al peligro,
por quedar muerto y honrado
antes que afrentado y vivo?
Mas no es así; que mil veces,
por vengarse uno atrevido,
por satisfacerse honrado
publicó su agravio mismo,
porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo.

(Vase.)

Escena VIII

DON LOPE.

«Porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo».
Luego si me vengo yo
de aquella que me ofendió,
la publico: claro está
que la venganza dirá
lo que la desdicha no.
Y después de haber vengado
mis ofensas atrevido,
el vulgo dirá engañado:
«Éste es aquel ofendido»,
y no «aquel desagraviado».

Y cuando la mano mía
se bañe en sangre este día,
ella mi agravio dirá,
pues la venganza sabrá
quien la ofensa no sabía.
Pues ya no quiero buscalla
(¡ay cielos!) públicamente,
sino encubrilla y celalla;
que un ofendido prudente
sufre, disimula y calla.
Que del secreto colijo
más honra, más alabanza:
callando mi intento rijo,
porque dijo la venganza
lo que el agravio no dijo.
Pues de don Juan, que atrevido
su honor ha restituido,
no dijo el otro soldado:
«Éste es el desagraciado»,
sino «éste es el desmentido».
Pues tal mi venganza sea,
obrando discreto y sabio,
que apenas el sol la vea,
porque el que creyó mi agravio,
me bastará que la crea.
Y hasta que pueda logralla
con más secreta ocasión,
ofendido corazón,
sufre, disimula y calla.
¡Barquero!

Escena IX

UN BARQUERO. -DON LOPE.

BARQUERO.
Señor.

DON LOPE.
¿No tienes
un barco aprestado?

BARQUERO.
Sí,
no faltará para ti,

aunque en una ocasión vienes,
que siguiendo a Sebastián,
nuestro rey, que el cielo guardé,
hasta su quinta esta tarde
los barcos vienen y van.

DON LOPE.
Pues prevénle, porque tengo
de ir hasta mi quinta yo.

BARQUERO.
¿Ha de ser luego?

DON LOPE.
Pues ¿no?

BARQUERO.
Al momento le prevengo.

(Vase.)

Escena X

DON LUIS, que sale leyendo un papel. -DON LOPE.

DON LUIS.
(Para sí.) Otra vez quiero leer
letras de mi vida jueces;
porque ya es placer dos veces
el repetido placer.

(Lee.) «Esta noche va el rey a la quinta: entre la gente podéis venir
disimulado, donde habrá ocasión para que acabemos, vos de quejaros,
y yo de disculparme. Dios os guarde. -Leonor.»

¡Que no haya un barco en que pueda
pasar! ¡Oh suerte importuna!
¡Plegue a Dios que la fortuna
nunca un gusto me conceda!

DON LOPE.
(Ap.) Leyendo viene un papel
quien mi venganza previene.
¿Y quién dudará que viene
leyendo mi afrenta en él?

¡Qué cobarde es el honor!
Nada escucho, nada veo
que ser mi pena no creo.

DON LUIS.
(Ap.) Don Lope es éste.

DON LOPE.
(Ap.)
Rigor,
disimulemos, y dando
rienda a toda la pasión,
esperemos ocasión
sufriendo y disimulando;
y pues la serpiente halaga
con pecho de ofensas lleno,
yo, hasta verter mi veneno,
es bien que lo mismo haga.)
En muy poco, caballero,
mi ofrecimiento estimáis,
pues que nada me mandáis,
cuando serviros espero.
Yo quedé tan obligado
de vuestra gran cortesía,
discreción y valentía,
que en Lisboa os he buscado
para que a vuestro valor
servir mi espada pudiera,
cuando otra vez pretendiera
vengarse el competidor,
que aquí os busca aventajado,
y tanto, que desta suerte
pretende daros la muerte
cuando estéis más descuidado.

DON LUIS.
Yo, señor don Lope, estimo
merced que pagar espero;
mas hoy, como forastero,
a pedirnos no me animo
que en esta ocasión me honréis,
por no empeñaros, señor,
con ese competidor
de quien vos me defendéis:
fuera de que ya los dos
que estamos amigos creo;

pues ya le hablo y le veo
del modo que estoy con vos.

DON LOPE.

Créolo; pero mirad
vuestro riesgo con cuidado;
que amistad de hombre agraviado
no es muy segura amistad.

DON LUIS.

Yo, al contrario, siento y digo
cuando su amistad procuro,
¿de quién no estaré seguro,
si lo estoy de mi enemigo?

DON LOPE.

Aunque argüiros podía
con razón o sin razón,
seguid vos vuestra opinión,
que yo seguiré la mía.
Y decidme, ¿qué buscáis
por aquí?

DON LUIS.

Un barco quisiera;
en que hasta la quinta fuera
del rey.

DON LOPE.

A tiempo llegáis:
que os podré servir creed,
que ya le tengo fletado.

DON LUIS.

Ocasión la gente ha dado
a recibir tal merced,
que siendo tanta, no ha habido
en qué pasar; y yo quiero
ver facción que considero
que otra vez no ha sucedido.

DON LOPE.

Pues conmigo iréis. (Ap. Llegó
la ocasión de mi venganza.)

DON LUIS.

(Ap.) ¿Cuál hombre en el mundo alcanza
mayor ventura que yo?

DON LOPE.

(Ap.) A mis manos ha venido,
y en ellas ha de morir.

DON LUIS.

(Ap.) ¡Que me viniese a servir
de tercero su marido!

Escena XI

EL BARQUERO. -DON LOPE, DON LUIS.

BARQUERO.

Ya el barco ha llegado.

DON LOPE.

(Al barquero.) Entrad
vos en el barco primero,
porque yo a un criado espero.
Pero no, vos le esperad,
pues conocéis al criado;
que al barco nos vamos ya.

BARQUERO.

No entréis en él, porque está
solo y a una cuerda atado,
que no estará muy segura.

DON LOPE.

Buscad al criado vos,
que allí esperamos los dos.

DON LUIS.

(Ap.) ¿Quién ha visto igual ventura?
Él me lleva desta suerte
adonde a su honor me atrevo.

DON LOPE.

(Ap.) Yo desta suerte le llevo
donde le daré la muerte. (Vanse los dos.)

BARQUERO.

El criado no vendrá
en mil horas, según creo.
Mas ¿qué es aquello que veo?
¡Desasido el barco está,
rompida la cuerda! Dios
sólo los puede librar;
que sin duda que en el mar
tendrán sepulcro los dos.

(Vase.)

Otro punto de la playa a vista de la quinta de Don Lope.

Escena XII

MANRIQUE, SIRENA.

MANRIQUE.

Sirena, cuyo mirar
suspende, enamora, encanta,
¿vienes acaso a escuchar
a su orilla cómo canta
la sirena de la mar?
Oye un soneto oportuno,
heroico, grave y discreto:
no te parezca importuno,
porque éste es el un soneto
de los mil y ciento y uno.
(Saca Manrique un papel y lee.)
«Cinta verde, que en término sucinta,
su cinta pudo hacerte aquel Dios tinto
en sangre, que gobierna el globo quinto,
para que Venus estuviese en cinta:
La primavera tus colores pinta,
por quien yo traigo en este laberinto,
tamaño como pasa de Corinto,
el corazón, más negro que la tinta.
Hoy tu esperanza a mi temor junte,
porque en su verde y amarillo tinte
amor flemas y cóleras barrunte;
que como a mí de su color me pinte,
no podrá hacer, aunque en arpón me apunte,
que mi esperanza no se encaraminte.»

SIRENA.

¡Qué lindo soneto has hecho!
Pero enseña a ver si es verde
la cinta.

MANRIQUE.

(Ap. En bien se me acuerde
lo que la cinta se ha hecho.
¡Ah! Sí.) Estaba cierto día
junto al Tajo, en su frescura
contemplando tu hermosura,
Sirena, y la dicha mía.
Saqué aquella cinta bella
para aliviar mi esperanza,
y culpando tu mudanza,
empecé a llorar con ella.
Besábala con placer,
y un águila que me vio
llegarla al labio, pensó
que era cosa de comer.
Bajó de una piedra viva,
y con gran resolución
arreatóme el listón,
y volvió a subir arriba.
Yo, aunque con gran ligereza
subir a su nido quiero,
no pude hallar un caldero
que ponerme en la cabeza.
Con esta ocasión se pierde
de tu listón la memoria.
Ésta es, Sirena, la historia
llamada la cinta verde.

SIRENA.

Pues óyeme lo que a mí
después acá me pasó.
Estando en el campo yo,
volar un águila vi,
que era la misma; pues viendo
no ser cosa de comer,
la cinta dejó caer
junto a mí; y yo, acudiendo
a ver lo que había caído,
hallé entre las flores puesta
la cinta; mira si es ésta.

MANRIQUE.

¡Notable suceso ha sido!

SIRENA.
Más notable será ahora
la venganza.

MANRIQUE.
Mejor es
dejarlo para después,
que sale al campo señora. (Vase.)

Escena XIII

DOÑA LEONOR. -SIRENA.

DOÑA LEONOR.
Sirena.

SIRENA.
Señora.

DOÑA LEONOR.
Mucha
es mi tristeza.

SIRENA.
Pues ¿no
sabré qué es la causa yo?

DOÑA LEONOR.
Ya la sabes; pero escucha.
Desde la noche triste
que en tantas confusiones, abrasada
Troya a mi casa viste,
quedando yo de todos disculpada,
don Juan más engañado,
libre don Luis, don Lope asegurado;
después que por la ausencia
que quiere hacer, en esta hermosa quinta
adonde la excelencia
de la naturaleza borda y pinta
campaña y monte altivo,
más estimada de don Lope vivo;
perdí, Sirena, el miedo
que a mi propio respeto le tenía;

pues si escaparme puedo
de lance tan forzoso, la osadía
ya sin freno me alienta;
que peligro pasado no escarmienta.
A aquesto se ha llegado
ver a don Lope más amante ahora;
porque desengañado,
si algo temió, su desengaño adora,
y en amor le convierte.
¡Oh cuántos han amado desta suerte!
¡Oh cuántos han querido,
recibiendo por gracias los agravios!
Deste error no han podido
librarse los más doctos, los más sabios;
que la mujer más cuerda,
de haber amado, amada no se acuerda.
Cuando don Luis me amaba,
pareció que a don Luis aborrecía;
cuando sin culpa estaba,
pareció que temía;
y ya (¡qué loco extremo!)
ni amo querida, ni culpada temo;
antes amo olvidada y ofendida,
antes me atrevo, cuando estoy culpada,
y pues para mi vida
hoy sigue al rey don Lope en la jornada,
escribo que don Luis a verme venga,
y tenga fin mi amor, porque él le tenga.

Escena XIV

DON JUAN. -DICHAS.

DON JUAN.

(Ap.) ¡No sé cómo el corazón
tan grandes rigores sufre,
sin que se rinda a los golpes
de una y otra pesadumbre!

DOÑA LEONOR.

Señor don Juan, pues ¿no viene
con vos don Lope?

DON JUAN.

No pude

esperarle, aunque él me dijo
que antes que en el mar sepulte
el sol sus rayos, vendrá.

DOÑA LEONOR.
¿Cómo puede, si ya cubren
al mundo pálidas sombras,
y al cielo lóbregas nubes?

DON JUAN.
A mí me tuvo violento
un gran disgusto que tuve,
y esperar no puede a nadie
el que de sí mismo huye.

DON LUIS.
(Dentro.) ¡Válgame el cielo!

DOÑA LEONOR.
¿Qué voz
tan lastimosa discurre
el viento?

DON JUAN.
En tierra no hay nadie.

DOÑA LEONOR.
En las ondas se descubre
del mar un bulto, que ya
siendo trémulas las luces
del día, no se determina
quién es.

DON JUAN.
Osado presume
escaparse; pues parece
que hacia nosotros le induce
piedad del cielo. Lleguemos
donde valientes le ayuden
nuestros brazos. (Vase.)

Escena XV

DON LOPE. -DICHOS.

DON LOPE.

(Dentro.) ¡Ay de mí!

DON JUAN.

(Dentro.) ¡Llega!

DON LOPE.

(Dentro.) ¡Oh, tierra, patria dulce
del hombre!

(Vuelve Don Juan y con él sale Don Lope, mojado y con una daga en la mano.)

DON JUAN.

¡Qué es lo que veo!

¡Don Lope!

DOÑA LEONOR.

¡Esposo!

DON LOPE.

No pude

hallar puerto más piadoso,

que el que en tal favor acude

a mi fatiga. ¡Oh Leonor!

¡Oh mi bien!, no es bien que dude

que el cielo me ha prevenido

con sus favores comunes

tan grande dicha, en descuento

de tan grande pesadumbre.

¡Amigo!

DON JUAN.

¿Qué ha sido esto?

DON LOPE.

La mayor lástima incluye

aquesta ventura mía,

que vio el mundo,

DOÑA LEONOR.

Como ayude

el cielo mis esperanzas,

y vivo estéis, no hay quien culpe

a la fortuna, aunque usase

de su trágica costumbre.

DON LOPE.

Hablé al rey, busquéos a vos,
y como hallaros no pude,
fleté un barco. Estando ya
para hacer que el agua surque.
a mí un galán caballero,
cuyo nombre apenas supe,
(que pienso que era un don Luis
de Benavides) acude
diciéndome que por ser
forastero, a quien se suple
un cortés atrevimiento,
me ruega que no le culpe
el pedirme que en el barco
le traiga; que es bien procure
ver en la quinta del rey
la gente cuando se junte.
Obligóme a que le diese
un lugar; y apenas hube
entrado con él, y el barco
de los dos el peso sufre
(que el barquero aún no había entrado),
cuando al cabo, a quien le pudren
las mismas aguas del mar,
falta, porque le recude
una onda reciamente,
a cuyo golpe no pude
resistir, aunque tomé
los remos. Al fin no tuve
fuerza, y los dos en el barco
entrando por las azules
ondas del mar, padecemos
mil saladas inquietudes.
Ya de los montes de agua
ocupé las altas cumbres,
ya en bóveda de zafir
sepulcro en sus arcos tuve;
al fin guiado a esta parte,
a vista ya de las luces
de tierra, chocando el barco,
de arena y agua se cubre.
El gallardo caballero,
a quien yo librar no pude,
por apartarnos la fuerza
del golpe, sin que se ayude
a sí mismo, se rindió

al mar, donde le sepulte
su olvido.

DOÑA LEONOR.
¡Ay de mí! (Cae desmayada.)

DON LOPE.
¡Leonor,
mi bien, mi esposa, no turbes
tu hermosura! ¡Ay cielo mío!
Un hielo manso discurre
por el cristal de sus manos.
¡Ay, don Juan!, la pesadumbre
de verme así, no fue mucho
que la rindiese: no sufren
corazones de mujer
que estas lástimas escuchen.
Llevadla al lecho los dos.
(Llévanla entre Don Juan y Sirena.)

Escena XVI

DON LOPE.
¡Qué bien en un hombre luce
que callando sus agravios,
aun las venganzas sepulte!
Desta suerte ha de vengarse
quien espera, calla y sufre.
Bien habemos aplicado,
honor, con cuerda esperanza,
disimulada venganza
a agravio disimulado.
¡Bien la ocasión advertí
cuando la cuerda corté,
cuando los remos tomé
para apartarme de allí,
haciendo que pretendía
acercarme! Y ¡bien logré
mi intento, pues me maté
al que ofenderme quería
(testigo es este puñal),
al agresor de mi afrenta,
a quien di en urna violenta
monumento de cristal!
¡Bien en la tierra rompí

el barco, dando a entender
que esto pudo suceder
sin sospecharse de mí!
Pues ya que conforme a ley
de honrado, maté primero
al galán, matar espero
a Leonor: no diga el rey,
viendo que su sangre esmalta
el lecho que aún no violó,
que no vaya, porque yo
en mi casa no haga falta.
Pues esta noche ha de ver
el fin de mi desagravio,
medio más prudente y sabio
para acabarlo de hacer.
Leonor (¡ay de mí!), Leonor,
bella como licenciosa,
tan infeliz como hermosa,
ruina fatal de mi honor;
Leonor, que al dolor rendida,
y al sentimiento postrada,
dejó la muerte burlada
en las manos de la vida,
ha de morir. Mis intentos
sólo los he de fiar,
porque los sabrán callar,
de todos cuatro elementos.
Allí al agua y viento entrego
la media venganza mía;
y aquí la otra mitad fía
mi dolor de tierra y fuego;
pues esta noche mi casa
pienso intrépido abrasar.
Fuego al cuarto he de pegar,
y yo, en tanto que se abrasa,
osado, atrevido y ciego
la muerte a Leonor daré,
porque presuman que fue
sangriento verdugo el fuego.
Sacaré acendrado dél
el honor que me ilustró,
ya que la liga ensució
una mancha tan cruel;
y en una experiencia tal,
por los crisoles no ignoro
que salga acendrado el oro

sin aquel bajo metal
de la liga que tenía
y su valor deslustraba.
Así el mar las manchas lava
de la gran desdicha mía:
El viento la lleve luego
donde no se sepa della:
La tierra ande por no vella,
y cenizas la haga el fuego;
porque así el mortal aliento,
que a turbar el sol se atreve,
consume, lave, arda y lleve
tierra, agua, fuego y viento.

(Vase.)

Escena XVII

EL REY, EL DUQUE DE BERGANZA. ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

Pensando el mar que dormía
segundo sol en su esfera,
mansamente retrató
a sus ondas las estrellas.

REY.

Vine, duque, por el mar;
que aunque pude por la tierra,
me pareció que tardaba,
cuanto por aquí es más cerca.
Y habiendo estado las aguas
tan dulces y lisonjeras,
que el cielo, Narciso azul,
se vio contemplando en ellas,
ha sido justo venir
donde tantos barcos vea,
cuyos fanales parecen
mil abrasados cometas,
mil alados cisnes, pues
formando esta competencia,
unos con las alas corren,
y otros con los remos vuelan.

DUQUE.

A todo ofrece ocasión
la noche apacible y fresca.

REY.

Entre la tierra y el mar
deleitosa vista es ésta;
porque mirar tantas quintas,
cuyas plantas lisonjean
ninfas del mar, que obedientes
con tanta quietud las cercan,
es ver un monte portátil,
es ver una errante selva;
pues vistas dentro del mar,
parece que se menean.
Adiós, dulce patria mía,
que en él espero que vuelva
(puesto que es la causa suya),
donde ceñido me veas
de laurel entrar triunfante
de mil victorias sangrientas,
dando a mi honor nueva fama,
nuevos triunfos a la Iglesia,
que espero ver...

(Voces dentro.)

¡Fuego, fuego!

REY.

¿Qué voces, duque, son éstas?

DUQUE.

Fuego, dicen; y hacia allí
la quinta, que está mas cerca.
Y si no me engaño, es
la de don Lope de Almeida,
se está abrasando.

REY.

Ya veo
en ímpetu salir della,
hecha un volcán de humo y fuego,
las nubes y las centellas.
Grande incendio, al parecer,
de todas partes la cerca:
parece imposible cosa

que nadie escaparse pueda.
Acerquémonos a ver
si hay contra el fuego defensa.

DUQUE.
¡Señor! ¿Tal temeridad?

REY.
Duque, acción piadosa es ésta,
no temeridad.

Escena XVIII

DON JUAN, medio desnudo. -DICHOS.

DON JUAN.
Aunque
cenizas mi vida sea,
he de sacar a don Lope,
que es su cuarto el que se quema.

REY.
Detened aqueese hombre.

DUQUE.
Desesperado, ¿qué intentas?

DON JUAN.
Dejar en el mundo fama
de una amistad verdadera.
Y pues que presente estás,
es bien que la causa sepas.
Apenas, oh, gran señor,
nos recogimos, apenas,
cuando en un punto, un instante,
creció el fuego de manera,
que parece que tomaba
venganza de su violencia.
Don Lope de Almeida está
con su esposa, y yo quisiera
librarlos.

Escena XIX

MANRIQUE. -DICHOS.

MANRIQUE.

Echando chispas,
como diablo de comedia,
salgo huyendo de mi casa,
que soy desta Troya Eneas.
Al mar me voy a arrojar,
aunque menor daño fuera
quemarme, que beber agua.

Escena XX

DON LOPE, medio desnudo, que saca a DOÑA LEONOR, muerta. DICHOS.

DON LOPE.

¡Piadosos cielos, clemencia,
porque, aunque arriesgue mi vida,
escapar la suya pueda!
¡Leonor!

REY.

¿Es don Lope?

DON LOPE.

Yo

soy, señor, si es que me deja
el sentimiento, no el fuego,
alma y vida, con que pueda
conoceros, para hablaros,
cuando vida y alma atentas
a esta desdicha, a este asombro,
a este horror, a esta tragedia,
yacen postradas y mudas.
Esta muerta beldad, esta
flor en tanto fuego helada,
que sólo el fuego pudiera
abrasarla, que de envidia
quiso que no resplandezca,
ésta, señor, fue mi esposa,
noble, altiva, honrada, honesta,
que en los labios de la fama
deja esta alabanza eterna.
Ésta es mi esposa, a quien yo
quise con tanta ternura

de amor, porque sienta más
el no verla y el perderla
con una tan gran desdicha,
como en vivo fuego envuelta,
en humo denso anegada;
pues cuando librarla intenta
mi valor, rindió la vida
en mis brazos. ¡Dura pena!
¡Triste horror! ¡Fuerte suceso!
Aunque un consuelo me deja,
y es, que ya podré serviros;
pues libre desta manera,
en mi casa no haré falta.
Con vos iré, donde pueda
tener mi vida su fin,
si hay desdicha que fin tenga.
Y vos, valiente don Juan, (Ap. a él.)
decid a quien se aconseja
con vos, cómo ha de vengarse
sin que ninguno lo sepa;
y no dirá la venganza
lo que dijo la afrenta.

REY.

¡Notable desdicha ha sido!

DON JUAN.

Pues óigame Vuestra Alteza
aparte; porque es razón
que sólo este caso sepa.
Don Lope sospechas tuvo,
que pasaron de sospechas
y llegaron a verdades;
y en resolución tan cuerda,
por dar a secreto agravio
también venganza secreta,
al galán mató en el mar,
porque en un barco se entra
con él sólo: así el secreto
al agua y fuego le entrega,
porque el que supo el agravio
sólo la venganza sepa.

REY.

Es el caso más notable
que la antigüedad celebra;

porque secreta venganza
requiere secreta ofensa.

DON JUAN.

Ésta es verdadera historia
del gran don Lope de Almeida,
dando con su admiración
fin a la tragicomedia.

FIN